

ticuado traje de baño. Pero tierra adentro, en la España irredenta de «las provincias», las cosas iban más despacio. Se había producido una revolución en las costumbres. Había caído mucho refajo, mucho paño negro. La antigua «combinación» había desaparecido. El corsé había muerto, dejando paso a la leve faja. La palabra «sostén», de tan hondas y entrañables resonancias en la imaginación masculina, había sido sustituida por la anodina «sujetador». En las conversaciones, en los anuncios de la sociedad de consumo, ya no se empleaba, como antes, la voz «bragas», para la que se buscaban sucedáneos tales como «pantys» y otros eufemismos. A mediados de los años cincuenta vi en el escaparate de una tienda de la calle del Arenal, en Madrid, el siguiente cartel, escrito a mano: «¡Qué alegría! ¡Bragas a tres pesetas!». No he vuelto a encontrármelo desde entonces. El mundo ha cambiado y, sin embargo, el bikini aún puede continuar

siendo noticia en una ciudad como Zaragoza, de más de medio millón de habitantes. En la mente de los deportivos dirigentes de Stadio Miralbuena El Olivar y de otras sociedades aún puede seguir siendo el bikini una frontera, una línea divisoria en el estilo del maniqués nacional. «Hasta aquí eres una mujer honrada que viene a bañarse. Medio metro menos de ropa y estás en pecado mortal. ¡A la calle!».

Por estas razones me parece que la mini-revolución de los bikinis tiene alguna importancia. La forma en que los hechos sucedieron es elocuente. No fue un acto fortuito. Las cincuenta mujeres que iniciaron esta «guerra» se habían puesto previamente de acuerdo. En efecto, el día de autos, una mañana del reciente «veranillo» que nos ha deparado esta primavera, las contestatarias —empleadas, secretarias, mujeres casadas de la clase media— se quedaron al borde de la piscina con la blusa puesta sobre el traje de baño. Nadie podía sos-

pechar nada. De pronto, una de ellas, en presencia de los empleados, se quitó la blusa y apareció en bikini. Uno de los guardianes se acercó a la infractora de las normas del club y le pidió que le entregara el carnet de socio. «No quiero», contestó la chica. «Pues cámbiese de bañador o abandone la piscina», dijo el hombre. «Ni lo sueñe», replicó ella. En ese momento, todas las mujeres que estaban a su alrededor se quitaron la blusa y aparecieron en bikini. El empleado no estaba preparado para enfrentarse con semejante eventualidad. Se fue a las oficinas, comunicó a la Junta lo que pasaba y se tomó la decisión de llamar a la policía. Empezaron los gritos, la manifestación propiamente dicha. Nuevas mujeres fueron sumándose. Una señora, que no debía estar informada de lo que iba a suceder, y que se había puesto, como siempre, el traje de baño, pidió unas tijeras y en un santiamén convirtió la prenda en un bikini moderno. Cuando llegó la

policía, la suerte estaba echada. Al Estado siempre le agrada comprobar que existen criterios más reaccionarios que los suyos. Se autorizó el uso del bikini.

Al día siguiente hubo manifestación en otras piscinas de la ciudad. En Zaragoza no se hablaba de otra cosa. «Heraldo de Aragón» publicaba un reportaje condenando la discriminación de sexos. «Aragón Expres» advertía con amargura, parafraseando el célebre «slogan» turístico: «Zaragoza es diferente». Los periódicos daban la noticia, y en la calle se hablaba de posibles repercusiones de la revolución de los bikinis en otras ciudades. Un comentarista político ponderaba en este episodio «la vitalidad del país». Mingote, en «ABC», bromeaba a propósito de la nueva Agustina de Aragón. La España de los años setenta ya no se conmovía como en los días lejanos de la llegada del turismo. «Ahí me las den todas», parecía pensar. ■ LUIS CARANDELL.

De Gaulle, en España

EL HOMBRE QUE CORRIÁ DEMASIADO

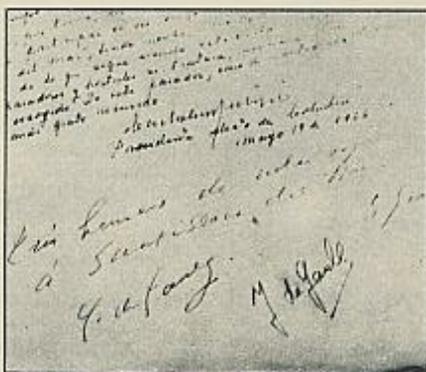
El «rallye» de Charles de Gaulle por las rutas españolas quedará grabado en la biografía del general como la mayor proeza deportiva de su fecunda y agitada existencia.

Uno le esperó en la meta de una de las etapas más difíciles, Galicia, al término de la gran etapa de montaña. Bueno, en realidad, Galicia la hizo en dos medias etapas: una, con meta en Santiago de Compostela, y la otra —más cortita—, con meta y bien merecido descanso en Cambados.

La llegada a Santiago fue memorable. El «tiburón» negro del general se detuvo a las puertas de la catedral. Llovía. De Gaulle salió del «tiburón», subió las escaleras de la entrada del Obradoiro y, acompañado por dos canónigos, se despachó la catedral en un cuarto de hora. Es un record en la historia de las peregrinaciones. Recorrerse la catedral de Santiago, con parada y éxtasis ante el Pórtico de la Gloria, el tesoro, la cripta, la capilla del Rey de Francia, rezar luego un poco ante el altar del Apóstol y ver funcionar el «botafumeiro», todo esto en un cuarto de hora, es algo que no se recuerda en Santiago de memoria de peregrino. Claro que el anciano general ya había demostrado su excelente forma física y mental entrando en Galicia por carretera, y apéandose del automóvil, luego de tan heroica gesta, sin tambalearse ni mostrar en la mirada ningún síntoma inquietante de perturbación psicósomática. ¡Admirable viejo! Todo erguido y juvenil, aunque un poco pálido. Esto debe ser por lo de escribir. Se nota que se ha pasado muchos meses dale que dale a sus «Memorias». Esto de escribir le deja a uno muy paliduchó. Al verle, uno, que es muy sensible al «mito De Gaulle», sintió en la médula un tremendo escalofrío, que se imagina debe ser el escalofrío de la Historia. Y también uno, que es un poco bárbaro y tenía complejo por haber visto el Museo del Louvre en una hora y cuarto, se sintió al fin



De Gaulle, ante la catedral de Santiago.



La firma del general en el libro de oro del parador de Santillana. Sobre ella, la firma de Lleras Restrepo (Presidente electo de Colombia, mayo 19 de 1966).

liberado al ver que el gran Charles se había liquidado la monumental catedral compostelana en mucho menos tiempo.

Antes, tras el alto de Santillana del Mar, el

general había pasado como un meteoro por la provincia de Santander, sin ver los bisontes de Altamira. Y es que hay que dejarse de historias, e incluso de prehistorias. El tiempo apremia que es una barbaridad. Había que llegar de día a Cambados, el pueblo tranquilo de la bella ría de Arosa; Cambados, «probe e fidalgo e soñador», que «dormes deitado o sol — a veira do mar», según dejó cantado su poeta Cabanillas. Efectivamente, si hay un pueblo con cachaza, si hay un pueblo imperturbable y flemático por excelencia en toda la geografía nacional, este pueblo es Cambados. Y hay que felicitar sinceramente a los servicios de prospección turística del general De Gaulle por haber dado con él.

En el parador de Cambados le dieron de beber «Albariño» y le contaron que las cepas del estupendo vinillo blanco cambadés las trajeron de Francia los benedictinos, allá por el siglo XII. No sé si le habrán contado, de paso, la difícil niñez de la «Bella Otero», la mujer que trastornó al París y a la Europa del novecientos, provocando innumerables duelos en el bosque de Bolonia y un sinfín de conflictos políticos y matrimoniales. Pues la «Bella» era de Valga, un pueblecito entre Cambados y Santiago de Compostela. Dicen que se conserva en el poblado una media de una de sus preciosas piernas, aunque otros sostienen que se trata de una media apócrifa. En todo caso, el general no fue a Valga a ver la media, y prefirió una incursión por el litoral: La Toja, El Grove, Sangenjo, Marín... Esta jira fue un auténtico «western». Perseguido por el bólide de «Europa 1» y por toda la caravana de periodistas, el «tiburón» del general pasó por El Grove como una exhalación, y tuvo suerte que no estuviera de servicio Agustín, el guardia «duro» del pueblo, porque lo hubiera empaquetado por exceso de velocidad.

En el momento en que escribo estas líneas, el «rallye» continúa. El temerario Citroën negro se ha lanzado a cien por hora por otra carretera de Galicia hacia las austeras tierras de Avila. Buen viaje, mi general. Es un decir... ■ P. H. El Grove, 7 de junio, domingo.